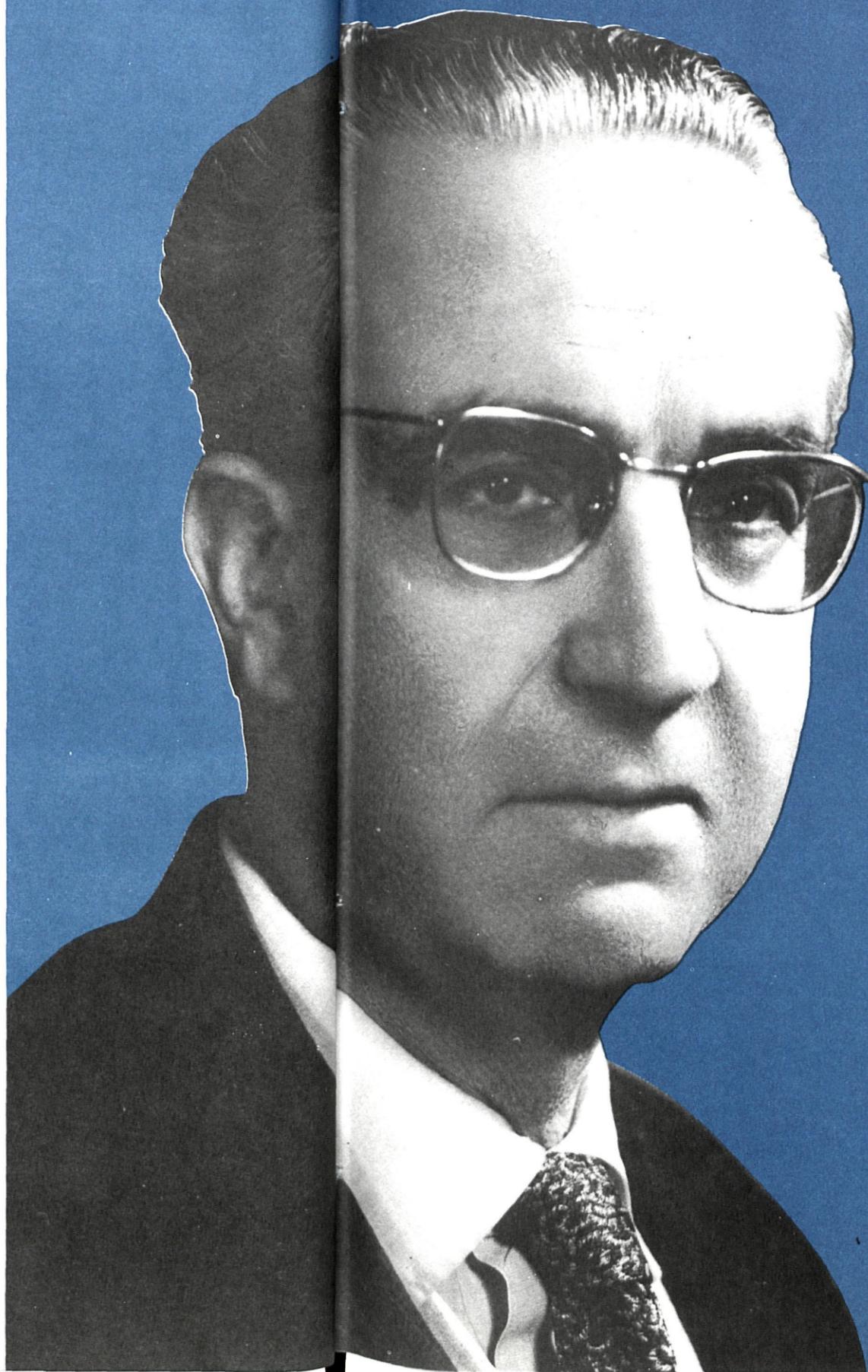


JUAN ANTONIO ZUNZUNEGUI

- Por ser el único varón de los seis hijos, el padre quiso que siguiera los negocios de minas y de la fábrica de maderas que tenía.
- «Cuando mi padre me explicaba términos y detalles de los negocios, me sugerían títulos y temas para escribir cuentos.»
- Aprendió castellano en las clases de Literatura de Miguel de Unamuno, en Salamanca.
- «En la Real Academia ocupó el sillón que dejó vacante a su muerte don Pío Baroja.»
- «Mi mujer, que tiene gran sentido del humor, llama a la Academia "el Frente de Juventudes".»



JUAN Antonio Zunzunegui acaba de cumplir el pasado veintiuno de diciembre los setenta y siete años.

Ya no escribe. Prepara sus obras completas, que ocuparán unos trece tomos. En la mente de todos está la imagen de sus voluminosas novelas, algunas de las cuales alcanzan las mil páginas. Más de una vez nos hemos preguntado cómo podría acordarse de los personajes incorporados al principio de la novela cuando llevaba escritas miles de cuartillas. Sonríe y nos recuerda lo que se cuenta de Cervantes.

—Se dice que Cervantes, en una de sus novelas, mató a uno de los personajes en los primeros capítulos y lo resucitó al final. Lo mío suponía mucha concentración, buena memoria y, sobre todo, me suponía un enorme desgaste.

Este esfuerzo mental durante tantos años, unido a la pulmonía, con ciertas complicaciones, que padeció hace dos años, le han hecho perder facultades, especialmente memoria, lo que le impide seguir escribiendo.

—Ahora lo que más le gusta —nos dice su esposa— es pasear. Damos largos paseos por el Parque del Oeste, que consideramos uno de los lugares más maravillosos de Madrid.

—Señor Zunzunegui, ¿usted escribía a mano o a máquina?

—Siempre he escrito a mano. Nunca aprendí a escribir a máquina. Además, tengo una letra endemoniada.

Hablándonos de la pérdida de facultades en los escritores, nos cuenta una anécdota de Pérez Galdós, quien a los setenta años parecía tener noventa.

—Confundía los personajes creados en sus novelas con seres de verdad. Un día le encontró un amigo por la calle, encorvado, apoyándose en su bastón, y le preguntó a dónde iba. Don Benito respondió: «Voy a ver a Fortunata, a ver si se casa esa chica, que no sé lo que hace...»



*Zunzunegui, con sus cinco hermanas.
El fue el único hijo varón*

LOS NEGOCIOS DEL PADRE

Nace el niño Juan Antonio Zunzunegui en Portugalete, donde la ría de Bilbao se abre al mar, en una casa con los balcones abiertos al olor mariner. Su padre tenía negocios de minas y una fábrica de maderas. Como único hijo varón, pues sólo tuvo cinco hermanas, su padre veía en él al continuador de sus negocios.

—Cuando tenía cuatro o cinco años, mi padre me llevaba ya a las minas y a la fábrica de maderas, pero, lo único que me sugerían eran títulos y argumentos para escribir cuentos.

Una anécdota que protagonizó de niño le sirvió para, al correr los años, poder decirle a su padre con pocas palabras que lo suyo no eran los negocios, sino la literatura. Detrás de la fábrica de maderas tenían una huerta donde, entre otros animales, criaban gallinas. Un arroyo cruzaba la huerta. Un día, mientras paseaba con su padre cerca del arroyuelo, vio cómo se acercaba una gallina con sus polluelos. Uno de ellos, apartándose de la madre y de los demás, se metió en el agua.

—Aquello me asombró, y hasta pensé que se ahogaría. Mi padre me explicó que al ponerle los huevos a la gallina para que los incubara, iría un huevo de pata. Cuando tuve que explicarle a mi padre que lo mío no era seguir la tradición de sus negocios, le dije: «Usted ha empollado un huevo de pata». Mi padre lo comprendió. Siempre he creído que la felicidad consistía en trabajar en lo que constituye la propia vocación.

Realiza sus primeros estudios en un colegio de Bilbao durante el curso normal. En verano, un seminarista le da clases en su



*En compañía de su esposa, compañera
y colaboradora
en sus afanes literarios*

propia casa. A los nueve años comienza el Bachillerato en Orduña, en un colegio de Jesuitas. Empieza Derecho en la Universidad de Deusto y después sigue en Salamanca, donde conoce a Miguel de Unamuno, profesor de Literatura.

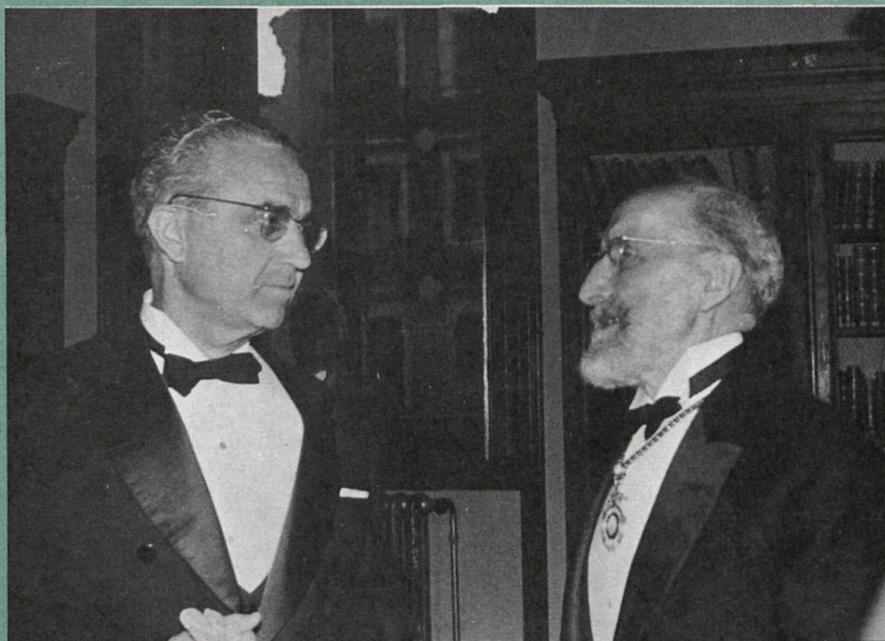
—Fui con una carta de presentación de don Enrique Areilza, padre de José María de Areilza, quien era amigo de mi padre y de Unamuno. Aunque la Literatura no era una de mis asignaturas en Derecho, yo asistía a todas las clases de don Miguel.

Estando Unamuno desterrado en Hendaya, Zunzunegui escribe su primer libro, «Vida y paisajes de Bilbao», y se lo envía. Nos lee la carta que recibió de don Miguel, llena de nostalgia, que empieza así: «Querido amigo. ¡Ay!, ¿cuántos me quedan?» Además de reflejar la tristeza que siente el autor por su destierro, esta carta rebosa filosofía, con frases como esta: «Amor es también miedo a la muerte». O esta otra: «La suprema justicia es el perdón». A pesar de las contrapuestas opiniones, Unamuno demuestra en esta carta una gran religiosidad y fe en Dios.

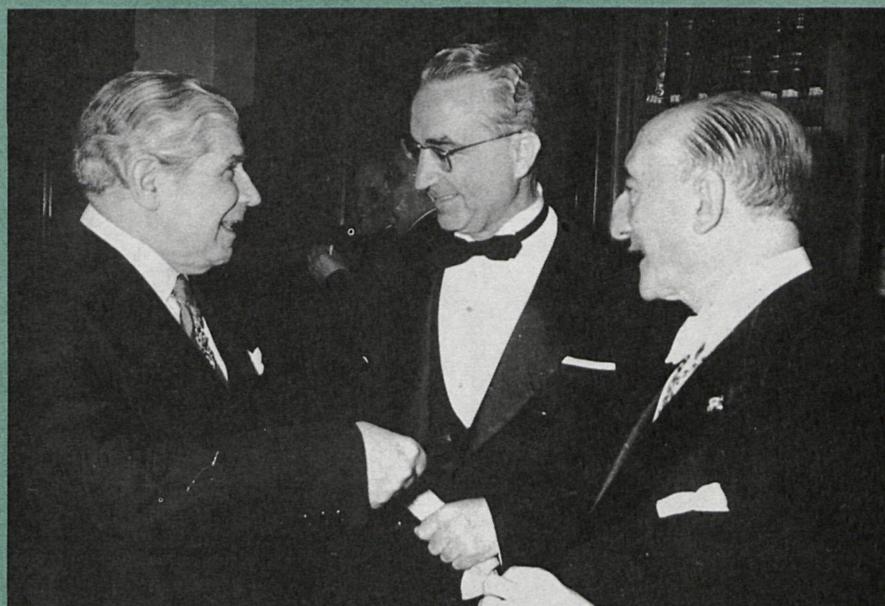
—En cierta ocasión fue don Miguel a un convento, a ver a su gran amigo el padre Arintero. En el patio había un pozo que era popular porque, al decir algo en su brocal, parecía despedía la misma voz, como si alguien la pronunciara desde el fondo. Cuantas personas visitaban el convento, hacían la prueba. Unamuno, mientras esperaba al padre en el patio, se acercó al pozo y dijo: «Yo, yo, yo...» En ese momento llegó el monje y le dijo: «Se dice Dios, Dios, Dios...».

ZUNZUNEGUI, ACADEMICO

Muerto su padre y, al poco tiempo también su madre, decide venir a Madrid. Se instala en una pensión que había frente



Cambiando impresiones con Menéndez Pidal, cuando éste desempeñaba la dirección de la Academia



Un día de reunión en la Academia, con Federico García Sanchiz y Fernández Fl rez



Zunzunegui charla con Pedro Lain Entralgo, José María Cossío y Vicente Aleixandre



Saludando a Sánchez Camargo. De espaldas, a la derecha, don Ramón Menéndez Pidal

al Museo del Prado. La dueña tenía, a la entrada, una imagen del Corazón de Jesús, rodeada de lucecitas. Se declara la guerra y, temiendo algún registro en la pensión, y que la imagen le conduzca a un «paseíllo», decide marcharse.

—Cogí el cepillo de dientes y me fui con lo puesto, dejando la maleta, pues no quería que nadie se enterara que me iba. Pasé a Francia y de allí éntre en San Sebastián. Cuando todo terminó, volví a Madrid. La señora de la pensión me había guardado la maleta con todo cuanto guardaba en ella.

Entra de lleno en el ambiente literario. Sigue escribiendo y ganando premios: el premio pas-

Juan Antonio Zunzunegui, a los veinticinco años, cuando escribió su primer libro «Vida y paisajes de Bilbao»



tenrath de la Real Academia Española, por su novela «¡Ay... estos hijos!»; Nacional de Literatura, por su novela «La úlcera»; Premio Hermanos Alvarez Quintero, de la Real Academia Española, por «El supremo bien»; Larragoiti a la mejor novela del año 1954, por «La vida como es». Círculo Bellas Artes de Madrid, por «Esta oscura desbandada», y Nacional Cervantes 1962, por «El Premio».

—Tengo publicadas veintiséis novelas largas, seis tomos de cuentos y novelas cortas, y dos novelas sin publicar.

—¿Quién le propuso para ingresar en la Academia?

—Me presentaron el duque de Maura, Melchor Fernández Almagro y Gerardo Diego. Me hizo más ilusión por ocupar el sillón que dejó mi paisano don Pío Baroja.

—¿Cuál es su cometido en la Academia?

—Pertenezco a la Junta del Diccionario. Siempre que mi salud me lo permite, asisto a las reuniones de la Academia. Me siento a gusto allí. Mi mujer llama a la Academia «el Frente de Juventudes». Tiene un gran sentido del humor.

—¿Tiene predilección por algunas palabras?

—Sí, hay palabras que tienen un sonido, una musicali-

dad especial. Para sustituir la palabra «arrivista», que es un galicismo, y que se usa mucho, existe una palabra bonita: «llegón». En diminutivo, «llegoncete». Casi nadie las emplea.

—¿Ha inventado usted alguna palabra?

—En mis principios literarios inventé una palabra, «minimizar» que se utiliza con gran frecuencia.

—¿Cuál es para usted la mejor cualidad humana?

—La bondad. Lo que ocurre es que tenemos una vida tan complicada que esta cualidad, en ciertos momentos, puede ser hasta peligrosa.

—¿Y el defecto nacional?

—Somos un país de envidiosos y de pícaros. La prueba es que en poco más de cien años hemos tenidos tres guerras civiles, que son consecuencia de la envidia. La picaresca nacional se está viendo ahora, en las continuas huelgas, porque el pícaro es vago.

—¿Cuánto tiempo tardaba usted en escribir una de sus largas novelas?

—Tres meses en el hecho material de escribirla, a razón de cuatro o cinco horas diarias, siempre por las mañanas. Entre prepararla, corregirla y demás, un año aproximadamente.

—¿Gozaba o sufría escribiendo?

—Gozaba. Siempre he sido perezoso para todo, menos para escribir, porque constituía un verdadero placer.

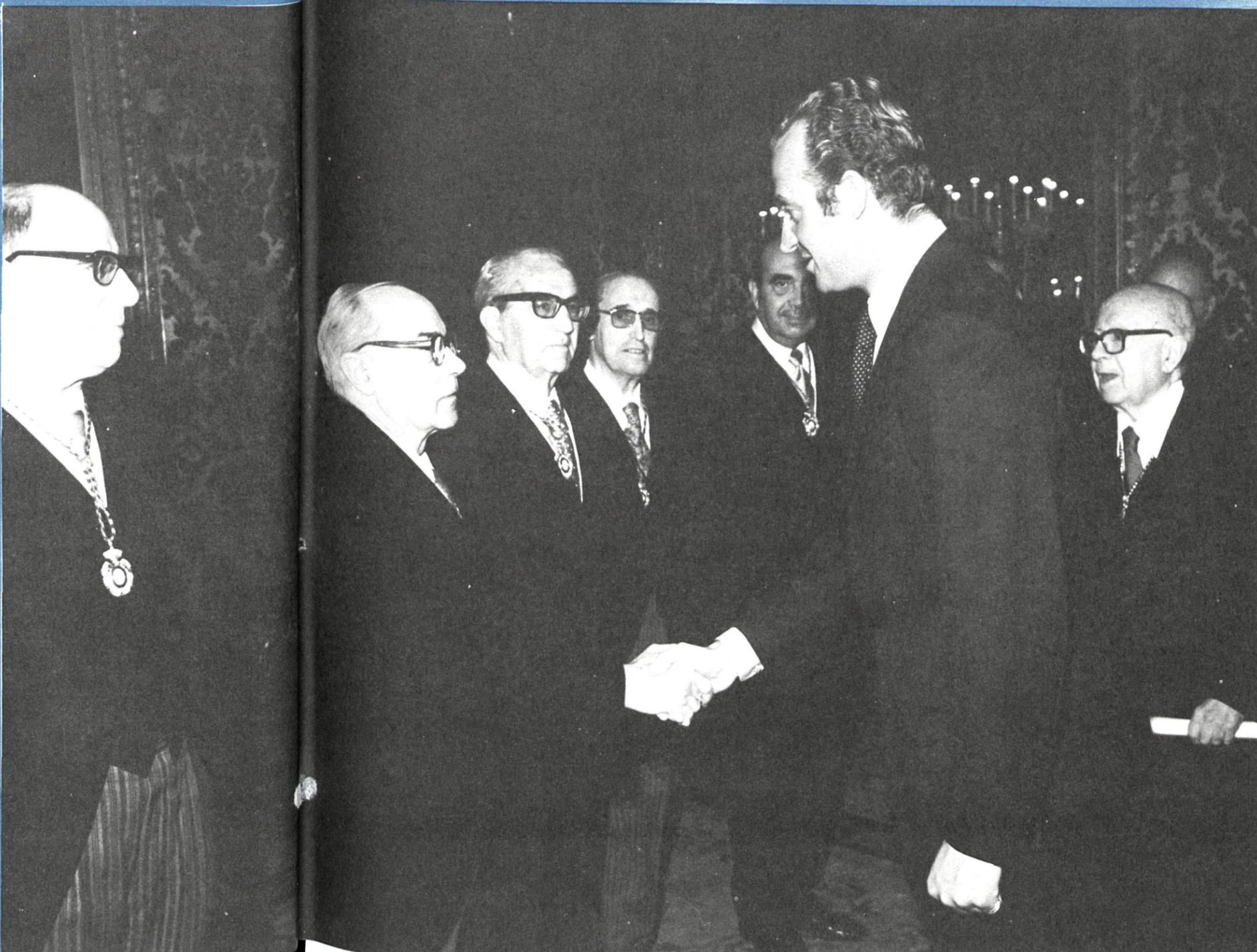
Zunzunegui no fuma, ni bebe, sólo vino en las comidas. Sonríe desde detrás de sus gafas cuando su mujer le anima a que se tome un jerez. Lo acepta. Y es que la señora es simpática,

encantadora, y se nota la comprensión de esos matrimonios felices de verdad. No tienen hijos.

—La palabra amor siempre me sugiere la imagen de la madre y de la esposa. Claro, más puro el de la madre, por estar desprovisto de la pasión.

Y sus palabras, como mariposas blancas, recorren los lomos de los libros que colman las estanterías, minimizando la intensidad de la charla, que se ancla en el pedestal de lo sencillo, casi lírico.

Pedro FUENTES GUIO



Un grupo de académicos, recibidos por el Rey en el Palacio de la Zarzuela